

Historia y experiencia: una exploración de sus vínculos a partir de los aportes de
Frank Ankersmit y Joan Scott

Juan Ignacio Veleda
(FaHCE-UNLP)

Introducción:

Es habitual, para quienes se ocupan en filosofía del término ‘experiencia’, comenzar dando cuenta de la complejidad de una carga semántica sedimentada a lo largo de la historia de la disciplina. La referencia al carácter polisémico, estrechamente unido a la propia historicidad del concepto, constituyen un punto de partida difícil de sortear. Por motivos de extensión, el heterogéneo devenir semántico del término será más bien presupuesto aquí, aun cuando la posibilidad de escapar a sus múltiples y más generales sentidos sea poco menos que improbable. Como se señala en el título, en el caso de este trabajo el objetivo es analizar algunos aspectos y discusiones sobre la compleja relación entre historia y experiencia a partir de dos posiciones teóricas contemporáneas, a nuestro juicio, las más relevantes: por un lado, la propuesta de Frank Ankersmit en torno a la delimitación posible de un concepto de experiencia ‘histórica’ (lo que constituiría un ‘modo’ específico de experiencia); por otro lado, la revisión crítica de la idea de ‘experiencia’ que Joan Scott lleva adelante en el campo de la historiografía. Desde distintas tradiciones, e igualmente como respuestas a problemas también diversos, tanto Ankersmit como Scott permiten explorar usos, posibilidades y limitaciones del término ‘experiencia’ en el marco de la historia.

En el ámbito de la filosofía de la historia, una parte de los esfuerzos teóricos más importantes al momento de pensar la relación entre historia y experiencia estuvieron enfocados en intentar delimitar conceptualmente una idea de ‘experiencia “histórica”’. La posición de Ankersmit representa uno de estos esfuerzos. Claro que aquella delimitación significaba, en gran medida, presuponer zanjada otra cuestión: la de la modalización de la experiencia. He aquí ya un primer problema, pues no va de suyo que la experiencia pueda, o deba, diferenciarse según se refiera al contexto epistemológico, estético, religioso, político o histórico, pues ello también tiene una historia. Tal es lo que afirma Martin Jay (2009; 49),

cuando en su recorrido por los distintos sentidos del término ubica en los comienzos de la modernidad el inicio de la diferenciación progresiva de una idea holística de experiencia. Según señala Jay, el problema de la relación entre la experiencia como categoría omniabarcadora y su modalización en subcategorías específicas es el resultado de un proceso característicamente moderno, que ha llevado “al desarrollo de discursos relativamente autónomos acerca de la experiencia cognitiva, religiosa y estética, así como a los intentos de aislar y analizar su importancia en los contextos histórico y político”. Así, lo que en cada uno de esos contextos cuenta como ‘experiencia’ permite “registrar las diversas posibilidades, a veces contradictorias, que se ocultan dentro de la categoría general, que rechaza toda fácil reducción a un común denominador” (Jay: 2009, 464). Con todo, aun asumiendo la modalización como legítima y por tanto la posibilidad de la especificidad propia de la ‘experiencia histórica’, resta todavía la complejidad polisémica de un término que, incluso dentro del contexto de la historia, de ningún modo resulta unívoco.

En ese sentido, las reflexiones de Scott sobre el tema de la experiencia en la historia se dan a partir de un conjunto de problemas algo distintos a los de Ankersmit, más ligados a ciertas discusiones de la práctica historiográfica y su propio desarrollo a partir de la década del sesenta. El auge de la llamada Historia social de los sesenta y setenta colocó al concepto de experiencia en el centro de algunos debates historiográficos, particularmente entre historiadores marxistas británicos como Edward Thompson y Perry Anderson. La centralidad del término se debía a la posibilidad de recuperar las voces de grupos subordinados u oprimidos, tradicionalmente ignorados por la disciplina. En el marco de este trabajo resulta imposible reconstruir esos debates, pero sin duda las reflexiones de Scott sobre la experiencia son deudoras de ellos.

Como vemos entonces, las respuestas al problema de la experiencia en la historia han seguido también sus propios derroteros, tanto en el marco de las reflexiones más teóricas de la práctica historiográfica (Scott) o de ciertos debates más contemporáneos de la filosofía de la historia (Ankersmit). Sin embargo, ya sea en un área disciplinar u otra, generalmente se ha entendido como una problemática ligada a la tarea del historiador/a. El propio Jay, cuando rastrea la relación entre historia y experiencia remontándola a Oakeshott, señala: “al parecer la experiencia ingresa al universo del discurso histórico en dos puntos: la experiencia de aquellos cuya historia se cuenta, o bien la de quienes la están contando. Vale decir, cabe interpretar que la tarea del historiador consiste, en cierto modo, en acceder y representar lo

que fue ‘experimentado’ por hombres y mujeres en el pasado, o puede entenderse como algo que nos sucede ahora, cuando pensamos históricamente en esos residuos pretéritos que se manifiestan para nosotros – o que interpretamos como manifiestas – en el presente” (Jay: 2009, 260). Ahora bien, en ambos puntos, ya se trate de la experiencia de otros en el pasado, ya de las dificultades de quienes la cuentan en el presente, la experiencia se mantiene dentro de las discusiones que atraviesan la conformación del saber histórico, pues en definitiva quien “piensa históricamente” no parece ser otro que el historiador. En ese sentido, tanto la propuesta de Ankersmit como la de Scott no escapan a este reduccionismo.

Ankersmit y la experiencia histórica como contacto con el pasado:

En ese registro de la experiencia histórica como algo relacionado principalmente con tarea del historiador se ubica la propuesta de Frank Anskermi. Si bien en esta línea la cuestión puede rastrearse hasta el siglo XIX, fundamentalmente en la figura de Dilthey¹, las discusiones en torno a la experiencia histórica se revitalizaron en las últimas décadas del siglo pasado, en gran medida en respuesta al denominado ‘giro lingüístico’ de posiciones como la de Hayden White. Extrañamente, pues como dice Jay es considerado un epígono de Hayden White, uno de los que más colaboró con esta revitalización fue el propio Ankersmit, quien intentó desarrollar un concepto de experiencia histórica que permitiera “encontrar una vía de escape del callejón sin salida a que conduce el narrativismo extremo, con el que su propia obra estaba asociada” (Brauer: 2012). Según el filósofo holandés, el narrativismo es incluso hostil a la experiencia histórica, toda vez que se plantea la integración del conocimiento histórico en una narración, convirtiendo a aquella en mero dato, sin problematizarla (Ankersmit: 1998). Lo llamativo o novedoso de la propuesta de Ankermist es que, si bien al momento de hablar de la experiencia histórica está pensando principalmente en el historiador, y aun alejándose según él del narrativismo, aboga por una reivindicación del concepto que lo desplaza del contexto epistemológico o metodológico usual y lo lleva hacia el terreno de la estética, tal como señalan tanto Jay como Brauer. Ankersmit cree necesario volver a un sentido ‘propio’ de la experiencia vinculado a una especie de contacto directo e inmediato, sentido que la hermeneútica tanto de Dilthey como de Gadamer habían ocultado: “para

¹ Rastreo que hacen tanto Jay como Ankersmit.

quienes buscan lo directo y la inmediatez de la experiencia histórica, las líneas de la hermenéutica alemana conducen aparentemente a un camino inadecuado” (Ibíd). Por tanto, “es esencial que la noción de experiencia histórica nos proporcione un contacto directo e inmediato con el pasado; un contacto que no esté mediado por la tradición historiográfica, el lenguaje o aspectos del lenguaje, la teoría narrativa, el prejuicio ético o ideológico, etcétera. Pues si cualquier de estos factores codeterminara el contenido de la experiencia histórica, destruiría la indubitable claridad y la inmediatez que tal experiencia reclama” (citado en Jay: 2009). Ahora bien, esa inmediatez que, según Ankersmit, reclama la experiencia histórica la vincula con la experiencia de lo sublime, que solo en parte preserva algo de la manera en que Kant entendía este concepto. Lo sublime de la experiencia histórica radica en que de ese modo “tenemos acceso a una realidad no mediada por las categorías de la comprensión” (citado en Jay: 2009), y por tanto ese contacto entre el presente y el pasado produce una ‘disensión’ de lo improbable y lo probable, provocando un conflicto de las capacidades intelectuales. La narración es ya una organización coherente del pasado, y por tanto, no permite en verdad aquella experiencia: “la coherencia narrativa puede garantizar el acceso más fácil al pasado, pero oscurece la autenticidad de nuestra experiencia de él. Lo que se apropió y se dominó de manera narrativa ya no es accesible a la experiencia histórica” (Ankersmit: 2003, 407). De este modo, en la idea de lo sublime Ankersmit cree hallar finalmente la posibilidad de recuperar un concepto de experiencia histórica que escape a las limitaciones del narrativismo y de los radicalismos lingüísticos: “Después de todo el trascendentalismo, el textualismo, la semiótica, la 'Wirkungsgeschichte' y el narrativismo de las décadas pasadas, en las cuales la realidad y la experiencia fueron reducidas a un apéndice irrelevante del lenguaje, tenía que llegar el momento en que la realidad y la experiencia nuevamente exigieran lo que les corresponde. Es bajo la protección de lo sublime -es decir, esa experiencia de la realidad que escapa a toda codificación lingüística- que la experiencia vuelve a aparecer en el escenario filosófico” (Ankersmit: 1998).

Aunque parezca una obviedad, Ankersmit tiene claro que el contacto que proporciona la experiencia histórica no es un contacto con el pasado ‘en sí o ‘reificado’, lo cual es imposible, sino con una huella del pasado en el presente. De allí que la ‘matriz’ de la experiencia histórica sea la nostalgia: “lo que experimentamos históricamente en la nostalgia no es el ‘pasado en sí’ [...] sino la diferencia o la distancia entre el pasado y el presente” (Ankersmit: 2009, 388). Y aunque casi contrariamente agregue luego que “la nostalgia nos da

la *unidad* del pasado y el presente: para experimentar la diferencia se necesita la presencia simultánea de lo que yace en ambos extremos de la diferencia, es decir, tanto del pasado como del presente”, es ese carácter paradójico lo que constituye lo propio de la experiencia histórica, pues “la ‘realidad’ experimentada en la nostalgia es la diferencia misma y no lo que yace en el otro lado de la diferencia; es decir, el pasado como tal” (Ankersmit: 2009, 388).

Scott y la (no)evidencia de la experiencia:

La segunda propuesta teórica que me gustaría desarrollar es la de Joan Scott, cuyos textos fundamentales empiezan a circular hacia mediados de los años 80. Así como en el caso de Ankersmit la idea de experiencia histórica está relacionada con su posicionamiento dentro de lo que se ha conocido como filosofía “narrativista” de la historia, en el caso de Scott sus reflexiones sobre experiencia e historia se deben a su propia tarea como historiadora y más específicamente a la lectura que hace de la historia de las mujeres y su formulación del concepto de “género”. Comenzada en los años sesenta, en la década de los setenta la historia de las mujeres adquiere un decidido desarrollo, principalmente impulsada por el feminismo anglosajón. De manera paulatina logró consolidarse un campo cuyo objetivo inicial, aunado a las demandas políticas del feminismo, había sido recuperar el pasado de las mujeres visibilizándolas como sujetos históricos. Ahora bien, prontamente se hizo evidente que recuperar ese pasado no se reducía a hacer un añadido a la historia ‘universal’ o ‘general’; no se trataba, como diría Scott, de ‘suplementar’ la historia (Scott: 1996). En tanto historiadora crítica de su disciplina entiende que no basta con incorporar a las mujeres a los estudios del pasado. En efecto, la historia de las mujeres tuvo según Scott un efecto desestabilizador, una ambigüedad perturbadora, “pues es al mismo tiempo un complemento inofensivo de la historia instituida y una sustitución radical de la misma” (Scott: 1996, 69). La incorporación de las mujeres en la historia develaba a un mismo tiempo la parcialidad de los historiadores, “y lo que es aún más inquietante, deja abierta al examen crítico la naturaleza misma de la historia en cuanto epistemología centrada en un sujeto” (Scott: 1996, 73). Lo importante es repensar las categorías mismas con que trabaja la historiografía, sus métodos e implicancias: lo que posibilita y lo que no, lo que permite aparecer y lo que excluye.

Ahora bien, el efecto desestabilizador de la aparición de las mujeres en la historia no sólo socavaba certezas profundas en relación a la disciplina historiográfica sino que al mismo

tiempo ponía en tela de juicio la homogeneidad de la categoría “mujer”, “un grupo cuya común identidad dábamos por supuesta” (Scott: 1996, 76). Desde la asunción explícita de una perspectiva posestructuralista, sirviéndose explícitamente de Foucault y Derrida, Scott concluye no solamente que no se puede tomar la categoría “mujer” como algo evidente por sí mismo, sino que tampoco se puede hacerlo, en consecuencia, con otras que aparecían ligadas a aquella y que habían sido importantes no sólo para la historia de las mujeres sino para el movimiento feminista, como las categorías de “experiencia” e “identidad”. En el famoso artículo publicado en 1991, que lleva como título “*Experiencia*”, arremetía contra la supuesta evidencia de este concepto central para la tarea historiográfica. Sus argumentos se dirigen contra aquella historiografía que pretendía ser una reivindicación de quienes habían sido ignorados, como precisamente lo eran la historia de las mujeres o de las minorías sexuales. En efecto esta visibilización había producido una crisis en la historia ortodoxa, pero al precio de hacerlo desde los mismos supuestos fundacionistas, en particular desde aquel que reclama la autoridad de la ‘experiencia’. Según Scott, la ‘experiencia’ de ningún modo es algo evidente y debe ella misma ser historizada. La historia de la diferencia, es decir aquella que pretendía visibilizar a quienes no habían sido considerados en la historia, termina apelando a la experiencia como una evidencia incontrovertible y como punto originario de toda explicación, lo que termina haciéndole perder la fuerza crítica que suponía, pues en última instancia, se mantiene dentro del marco epistemológico de la historia tradicional, que es la misma que había excluido la diferencia. En este sentido Scott pareciera querer alertar contra un uso ingenuo de la idea de “experiencia”. Por ello es necesario atender “a los procesos históricos que, a través del discurso, posicionan a los sujetos y producen sus experiencias. No son los individuos los que tienen la experiencia, sino los sujetos los que son constituidos por medio de la experiencia. En esta definición la experiencia se convierte entonces no en el origen de nuestra explicación [...] sino más bien en aquello que buscamos explicar” (Scott: 1991, 49).

¿Cómo sería un uso no ingenuo o crítico de la experiencia en la historia? En principio considerando su carácter ineludiblemente discursivo. He allí lo central, y controvertido, de la argumentación de Scott: el anudamiento inseparable entre experiencia y lenguaje, confirmado en esta suerte de silogismo: “La experiencia es la historia de un sujeto. El lenguaje es el sitio donde se representa la historia. La explicación histórica no puede, por lo tanto separarlos” (Scott: 1991, 66). La experiencia, y en consecuencia las identidades, se constituyen discursivamente. Ambas son eventos discursivos, lo cual significa que no ocurren fuera de

significados establecidos. Aun así ello no supone, según Scott, caer en un determinismo lingüístico que prive a los sujetos de agencia, que es una de las críticas principales a las posiciones que enfatizan el carácter constitutivo del lenguaje: “los sujetos son constituidos discursivamente, pero existen conflictos entre los sistemas discursivos, contradicciones dentro de cualquiera de ellos, múltiples significados posibles para los conceptos que colocan. Y los sujetos tienen agencia” una agencia que “se crea a través de las situaciones y estatus que les confieren” (Scott: 1991, 66).

Como Scott se encarga de enfatizar, tanto en el marco de la historia de las mujeres y de la diferencia, como en el del movimiento feminista y de las minorías sexuales, la identidad está “atada” a nociones de experiencia. En un artículo del 2001, *El eco de fantasía: la historia y la construcción de la identidad*, Scott volverá sobre la idea de que la historia como narración fantaseada contribuye a la articulación de la identidad política, lo cual tiene como contrapartida (¿indeseada?) la inestabilidad de las categorías “feminismo” y “mujer”, y podríamos agregar la de “experiencia”. Allí donde hay evidencia de lo que parece una identidad duradera e inmutable, dice Scott, hay una historia que necesita ser explorada.

Conclusiones:

Muy brevemente esbozadas, tales son las posiciones de Ankersmit y de Scott en relación a la cuestión de la experiencia y la historia. Junto a las discusiones algo anteriores de la historiografía marxista inglesa y a los desarrollos de Reinhart Koselleck, son probablemente las más representativas y debatidas de las últimas décadas, al menos en el ámbito de la historia, ya sea en la filosofía de la historia o en la práctica historiográfica. Aun cuando en relación a distintos contextos, trayectorias y discusiones, tanto Ankersmit como Scott han intentado dar respuesta a los desafíos planteados por la articulación entre experiencia y lenguaje. Quizás de manera más contundente en el caso de Ankersmit, en ambos casos la delimitación del concepto de experiencia histórica sigue estando vinculada principalmente a la tarea historiográfica.

En verdad, en Scott no hay propiamente hablando una propuesta sobre la experiencia histórica, al modo que lo tiene Ankersmit, sino más bien un señalamiento de los problemas que se siguen de hacer un uso acrítico del concepto. Asumir el carácter no evidente ni claro de la experiencia es insistir en el hecho de que la experiencia es siempre una interpretación, y

por lo tanto, siempre está en disputa. Por otro lado, como Scott misma señala, aunque resulte tentador abandonar el término “experiencia”, parece más útil trabajar con él, insistiendo siempre en su naturaleza discursiva y atendiendo siempre a la manera en que incide en los procesos de producción de identidad. Claro que la justificación que da Scott de su utilidad no parece ser proporcional con la exhaustiva y minuciosa crítica realizada previamente. Así, concluye, “dada la ubicuidad del término, me parece más útil trabajar con él, analizar sus operaciones y redefinir su significado” (Scott: 1991, 72), redefinición que ella misma no realiza. La inseparabilidad entre experiencia y lenguaje fue rápidamente criticada no sólo desde la misma historiografía, sino también, como señala Ana María Bach (Bach: 2010), desde algunas teóricas feministas ligadas a la fenomenología que insistieron en los aspectos lingüísticamente inarticulables de la experiencia.

En el caso de Ankersmit, la experiencia no sólo nos brinda la posibilidad de huir de la “cárcel del lenguaje” sino que permite una “rehabilitación del modo en que nos relacionamos con el pasado, de nuestros sentimientos con el pasado, en fin, de nuestra experiencia del pasado” (Ankersmit: 2010, 26). En su caso hay un intento explícito por desarrollar un concepto específico de “experiencia histórica” que escape a las limitaciones y problemas del narrativismo de Hayden White, y podríamos agregar a posiciones como la de Scott y al supuesto determinismo lingüístico de su crítica. Pero precisamente cuando en ese intento se podría esperar, por ejemplo, al menos una insinuación del carácter ético-político de la experiencia, y por tanto de su relación con la dimensión de futuro, la propuesta de Ankersmit vuelve a caer en una estetización de nuestro vínculo con el pasado. Por otro lado, a mi entender esa estetización supone al mismo tiempo cierto subjetivismo que obtura el carácter social y compartido de la experiencia. Es evidente que hay un aspecto intransferible de la experiencia, pero quizás no sea el más relevante al momento de hablar de la manera en que los individuos se vinculan, se apropian y resignifican su pasado en contextos culturales compartidos, es decir, de hablar “del modo en que nos relacionamos con el pasado”, y a la posibilidad de pensar la agencia en relación a la historia.

Aun cuando concedamos que la experiencia histórica es algo que tiene el historiador, tal como sugiere Ankersmit en sus textos, cabe mencionar la crítica de Jay según la cual no hay respuesta a la cuestión de qué permitiría aquellos momentos privilegiados de acceso al pretérito en la experiencia presente del propio historiador. Por otro lado, ese contacto auténtico, directo e inmediato reclama precisamente la ausencia de cualquier esquema

conceptual o categorización previa, lo cual es difícil de imaginar, sobre todo porque los ejemplos que da el propio Ankersmit (como cuando refiere el contacto con el cuadro de Guardi) muestran, mínimamente, cierto conocimiento (en ese caso, de la historia del arte), que parece no poder desligarse de la potencialidad de esa experiencia. Ahora bien, por otro lado, si la experiencia histórica auténtica debe prescindir de cualquier conceptualización previa, entre lo que cabría incluir por ejemplo el saber histórico, no se comprende por qué esa experiencia no podría ser accesible a cualquier individuo, sea historiador o no, pues se podría pensar que las huellas del pasado en el presente están, en principio, disponibles para todos. Si no fuera el caso, entonces difícilmente se sostendría la tesis de la inmediatez de la experiencia y habría que clarificar qué es lo que convierte a alguna cosa en una huella del pasado y, en tanto tal, en una vía de acceso para su contacto. Pero entonces ya habría ahí una mediación.

Aunque podríamos preguntarnos por qué sería deseable insistir en un modo específicamente histórico de la experiencia (o al menos su justificación debiera ser el punto de partida), su delimitación requiere ciertas preguntas previas: ¿de qué tenemos experiencia cuando nos referimos a la historia?, o dicho de otro modo, ¿qué le agrega el carácter ‘histórico’ a la experiencia? Ese carácter, ¿refiere al pasado y a la experiencia de otros, o antes bien al presente? Si es así, ¿quién tiene esa experiencia? Es decir: ¿la experiencia histórica es necesariamente algo exclusivo del historiador? Quizás junto a la tarea de superar las limitaciones del determinismo lingüístico, pero sin olvidar que implica siempre interpretaciones tendientes a ser disputadas, resulte necesario pensar el problema de la experiencia en la historia desligándolo de la referencia exclusiva a la tarea del historiador, y atendiendo a una dimensión propia de los individuos que tenga en cuenta no sólo la manera en que elaboran y se apropian del pasado sino también en tanto lo articulan y refieren, como diría Reinhart Koselleck, a un horizonte de expectativas.

Bibliografía:

- Ankersmit, Frank (1998), “La experiencia histórica”, en Revista *Historia y grafía*, Nro.10, pp. 209-266.
- (2003), “Historismo y posmodernismo”, en *Historia y topología. Ascenso y caída de la metáfora*, Mexico: FCE.
- (2008), *Experiencia histórica sublime*, Chile: Palinodia.

- (2010), *La experiencia histórica sublime*, México: Universidad iberoamericana.
- Bach, Ana María (2010), *Las voces de la experiencia: el viraje de la filosofía feminista*, Buenos Aires: Biblos.
- Belvedresi Rosa (2009), “La experiencia histórica: entre la expectativa y la memoria”, UNR: Cuadernos Filosóficos.
- Brauer, Daniel (2012), “Memoriografía, historia y la experiencia del pasado”, en C. Roldan y otros (eds): *Vivir para pensar, Ensayos en homenaje a Manuel Cruz*, Barcelona: Herder.
- Garazi D., (2016), “Experiencia, lenguaje e identidad: algunas notas sobre el concepto de ‘experiencia’ en la obra de Joan W. Scott”. *Trabajos y comunicaciones*, 43, e013. Recuperado de <http://www.trabajosycomunicaciones.fahce.unlp.edu.ar/article/view/TyC2016n43a013>.
- Jay, Martin (2009), *Cantos de experiencia. Variaciones modernas sobre un tema universal*, Buenos Aires: Paidós.
- Scott, Joan (2008 [1986]). “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en *Género e Historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Scott, Joan (1996), “Historia de las mujeres”, en Peter Burke (ed), *Formas de hacer historia*, Madrid: Alianza Universidad.
- Scott, J. W. (2001 [1992]). “Experiencia”. *La ventana*, No. 13, pp. 42-74. <http://www.revistascientificas.udg.mx/index.php/LV/article/view/551/574>
- Scott, J. W. (2006 [2001]). “El eco de fantasía: la historia y la construcción de la identidad”. *La manzana de la discordia*, Vol. 4, No. 1, pp. 111-138. <http://www.jstor.org/stable/41324974>